

Augusto Higa Oshiro,
Saber matar, saber morir

Lima, Caja Negra, 2014
Yuri Sakata Gonzáles



Augusto Higa se había caracterizado por el amplio lapso que interponía entre sus publicaciones: *Que te coma el tigre* (1977), *La casa de Al-baceleste* (1987), *Final del Porvenir* (1992), *Japón no da dos oportunidades* (1994), *La iluminación de Katzuo Nakamatsu* (2008), *Okinawa existe* (2013). Sin embargo, el año pasado, nos ha sorprendido con publicaciones simultáneas: *Gajjin* (2014), *Todos los cuentos* (2014) y *Saber matar, saber morir* (2014). Esta reciente producción ha logrado que la obra de Augusto Higa Oshiro cobre gran notoriedad. En 2014, *Saber matar, saber morir* recibió el Premio Novela Breve de la Cámara Peruana de Libro.

Sobre la obra de Higa se puede decir que mantiene una constante: la predilección por el tratamiento de los circuitos populares postergados, condición que coincide con los intereses de Narración, grupo con el cual colaboró en sus inicios como escritor. Nuestro autor vio en los barrios criollos de La Victoria y el Centro de Lima los escenarios propicios para nutrir su mundo ficcional.

Es así que Higa nos presenta una Lima escabrosa, la cual se vuelve el hogar en el que conviven personajes criollos, negros, andinos, gringos, chinos y japoneses. Lima recibe en el desamparo a sujetos llenos de conflictos que se enfrentan a la indolencia y a la enajenación.

La novela *Saber matar, saber morir* aborda con nuevos bríos estos escenarios ya trabajados. Ahora, atendemos a la historia de unos jóvenes pandilleros del barrio de El Porvenir en La Victoria, quienes son reclutados por un profesor de apellido Zamudio para cumplir con los ataques encomendados por el partido senderista. Los personajes son sujetos marginales que finalmente quedan sitiados entre tres fuegos (Sendero Luminoso, las patrullas del Estado y su entorno social); de igual manera, son pandilleros que tientan la muerte, sometidos a la violencia de una sociedad víctima del trauma del conflicto armado interno. Estos jóvenes no tienen reparo alguno en matar o morir, puesto que entienden que no existe esperanza para ellos.

Vemos que en esta novela tenemos dos elementos de interés que son constantes en la obra de Augusto Higa: el desamparo y el personaje

místico que emerge de los escenarios oscuros. En esta oportunidad, este es trasladado desde *Okinawa existe* y ayuda a completar el mundo ficcional que construye el autor.

Primero, revisemos cómo aborda el desamparo. Por un lado, tenemos el epígrafe, cuyo origen está en «Escrito a ciegas (carta a Cecilia Paschero)», poema de Martín Adán. Con este, Higa nos adentra en el desconcierto y el cuestionamiento de la propia valía:

¿Quieres tú saber de mi vida?
Yo solo sé de mi paso,
De mi peso,
De mi tristeza y de mi zapato.
¿Por qué preguntas quién soy,
«Adónde voy?»... Porque sabes harto
Lo del Poeta, el duro
y sensible volumen de ser mi humano,
Que es cuerpo y vocación,
Sin embargo.

Si nací, lo recuerda el Año
Aquel de quien no me acuerdo,
Porque vivo, porque me mato.
[...] La toda tuya vida es como cada ola:
Saber matar,
Saber morir,
Y no saber retener su caudal,
Y no saber discurrir y volver a su principio,
Y no saber contenerse en su afán [...]
(Martín Adán, *Obra poética en prosa y en verso*, 2006)

Los jóvenes pandilleros, al igual que en el poema, sienten este desconcierto e incertidumbre:

—¿Por qué tanta derrota, Marcola?
—Porque solamente existe la muerte para nosotros.
—No es cierto, Marcola.
—¿Qué?
—También existe Dios, Marcola.
—Pero está sordo, ciego y mudo, padre Polo (p. 69)

El desamparo y el desconcierto los enajena. Pronto les atrae la muerte y pierden reparos en atentar con la vida de otros o poner en riesgo la suya propia:

Tenía congojas el Turri, [...] Se sentía embrujado, aseguraba que existía un animal dentro de sí. [...] Entonces, veía una araña en el suelo y su animal decía: «Písala». Furioso, estallaba, se le aparecían rostros,

cuerpos humanos y su animal lo alentaba: «Mátalos». Y el Turri sacaba la pistola y baleaba [...] (p. 37)

—Todo se ganaba con sangre —subrayó la resignada Madre Selva. De todos modos, continuó su camino sin dejar de pensar: «se matan por pendencia. Muchachos salvajes (p. 63).

Por otro lado, como habíamos mencionado, esta novela entabla un diálogo intertextual con *Okinawa existe* y vuelve sobre la historia de un personaje con aires de misticismo que, al igual que Heriberto de «Corazón sencillo» o el tío Américo de *Final del Porvenir*, nos muestra cómo Augusto Higa logra que emerja belleza y ternura de la sordidez. Este personaje es Marmeledov Santoya, quien encuentra en *Saber matar, saber morir* la ampliación de su historia. Santoya estará acompañado, a su vez, por otros personajes que recorrían los barrios de *Okinawa existe* (Waldemar, Doraliza Córdoba, los jubilados Mundito Rivera y Quinto Vargas).

Santoya es un psíquico que aparecía en el penúltimo cuento de *Okinawa existe*: «El amor de mister Simmons». El psíquico era guiado en el desamparo por mister Simmons, quien, al igual que los jóvenes de *Saber matar, saber morir*, no puede pensar en un mundo sin agonías.

Vivimos atravesados por las agonías, maltrechos en contradicciones, hermanos. [...] y la muerte que acecha desde la otra orilla (p. 72).

Los hombres son mortales. [...]. Hoy reímos, mañana lloramos, muerte y vida son una continuidad viciosa. No hay más. Venimos al mundo para luchar [...]. Eso es todo, y eso no es nada (p. 74).

Esta vez, la aparición de Marmeledov Santoya es descrita como la llegada de un personaje mesiánico: «Nadie sabe cuándo apareció por estas calles, con su toldo y sus menjunjes de psíquico, en todo caso parecía extraído del subsuelo, inmemorial, sin horario definido» (p. 30).

A pesar, de haber sido un pupilo del pesimista Simmons, Santoya surgirá con una esperanza incólume equiparable a la de Job. Aquel será la contraparte de los pandilleros, ya que a pesar del desamparo conserva inocentemente el optimismo.

Ya en *Okinawa existe* se preguntaba: «¿Acaso estamos poseídos por la maldad? —insitía Marmeledov» (p. 73).

Ahora, en *Saber matar, saber morir*, reflexiona sobre la importancia de caer en la vileza como si intentara justificar el mal: «Corazones que se cierran, hermanos míos, cómo podemos comprender el misterio de los cielos, el ímpetu del universo; oh, humanos, si no descendemos a las profundidades» (p. 33).

Por último, aferrándose a lo único que le queda: la esperanza, ruega:

Ay Dios, que no haya sufrimiento, tanto dolor. No. Mil veces no. Consolémonos como el santo Job. [...] ¿No le sobrevino el mal? Tenía luz, la esperanza y entonces vino la oscuridad. [...] Vive Dios, sean verdades, y vivo yo, y vives tú. [...] Y lo esperamos, siempre arribará, porque hay hambre, hay tristeza. Solo él vendrá (p. 29).

Se nos muestran los caminos opuestos por los que transitan las víctimas de una misma guerra. Todos los personajes son atravesados por el desamparo; algunos deciden entregarse a la vileza y otros, como Marmelodov, deciden rogar y esperar por el bienestar.

Por último, en cuanto a la técnica narrativa, podemos observar cómo cambian los narradores. La novela inicia con un narrador extradiegético, que, en el capítulo V y IX, es reemplazado por un narrador homodiegético: Martín Santos; finalmente, se le cede la voz al propio Zamudio, quien se reafirma en el desamparo y confiesa su atracción por la muerte. Augusto Higa hace estos cambios de forma tan armónica que no se percibe en el ritmo. De igual manera, hace una selección cuidadosa del lenguaje que, por su tratamiento, logra infundir un aura de misticismo alrededor de personajes sórdidos y marginales. Asimismo, la narración ágil, apoyada por el empleo de la constante puntuación, contribuye a hacernos sentir la rapidez de esa vorágine que se está llevando a todos los pandilleros de El Porvenir.

Este libro resulta coherente dentro de la producción que viene trabajando Augusto Higa, en donde la preocupación por los fondos urbanos y por los personajes criollos es preponderante. El maestro Higa Oshiro logra recrear el contexto y expresar el sentir de esta comunidad a través del manejo de un amplio registro de recursos, que son el resultado de una vida dedicada a la investigación y al arte de narrar.